

**LA BÚSQUEDA DE UN
ORDEN INTERNACIONAL
Los caminos hacia la paz**

*Conferencia del doctor Carlos Manuel Muñiz,
al incorporarse como miembro de número a la
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
en sesión pública del 28 de abril de 2004*

*Apertura del acto a cargo del
Académico Presidente Dr. Jorge Reinaldo Vanossi*

Tengo el deber y el placer de abrir esta sesión pública de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Y ello acontece en un momento inquietante para todos los argentinos. Según el sabio diccionario de la Real Academia de nuestra lengua, el vocablo Anarquía tiene dos acepciones, a saber: “ausencia de poder público”; o bien quiere significar, además: “desconcierto, incoherencia, barullo”. Con respecto a los agentes productores de tales deformaciones, tan nefastas en la historia universal, podemos acudir al verbo, en el mismo texto: Anarquizar, o sea: “causar o introducir la anarquía”; o bien introduce la idea de “caer en la anarquía”. Un estado de ánimo así, nos infunde temores y angustias, acentuado por una desorientación general, que confunde al espíritu y debilita la voluntad del trabajo creativo. Se puede (conciente, subconciente o inconcientemente) provocar situaciones de anarquía, o sea, anarquizar (parcial o totalmente) al Estado y su correspondiente sociedad.

Y eso puede acontecer, aún no mediando una intención disolvente, ni buscando o proponiéndose imponer la doctrina de la “acracia”; pero tal como se da en la leyenda del aprendiz de brujo, sin ponerle límites, el engendro se desborda, convirtiéndose en “ácrata”, o sea, en favor de la “supresión de toda autoridad”.

La Corte Suprema de Justicia de la Nación, en memorable precedente de antigua data, nos advirtió que “fuera de la Constitución sólo cabe esperar la anarquía o la tiranía” (Fallos 191-197); a lo que nosotros muy atrevidamente nos permitimos acotar que la primera –es decir, la anarquía- suele

desembocar o instalar a la segunda –o sea, la tiranía-. La historia argentina ofrece muy crueles antecedentes al respecto.

Por ello es que no es aconsejable jugar con los monstruos, pues a la postre éstos se vuelven contra sus inventores y, la más de las veces, concluyen en un acto macabro: la criatura se devora a su autor o autores.

Estas consideraciones introductorias, con motivo del acto que hoy celebramos en esta Academia, se originan en la reflexión que nos motiva el muy actual y vigente tema elegido por el recipiendario para su ceremonia de incorporación a este Cuerpo. La personalidad humanista y universal del doctor Carlos Manuel Muñiz, sujeto y protagonista de una trayectoria vigorosa y deslumbrante en todos los planos del quehacer público, que enorgullece a los argentinos, lo ha llevado hoy a transmitirnos su sentir y su pensar -¿y por qué no su pesar?- en torno a la paz. ¡Profundo tema para el tiempo contemporáneo!. Porque la paz es un valor prioritario en el orden del desarrollo cultural de las naciones. Nuestra Constitución Histórica (1853-60) incluyó a la *paz interior* entre los fines enunciados en su Preámbulo, de lo que resulta que se trata de una meta permanente para la sociedad y el Estado que integramos, pese a que en los tiempos que corren esa “paz interior” brilla por su ausencia, al menos entre los objetivos que deberían salvaguardar los detentadores de los poderes. En cuanto a la paz exterior la misma Ley Suprema consagra en el Art. 27 el inexcusable propósito de mantenerla y reforzarla a través de las relaciones que corresponden a un país civilizado y respetuoso de la convivencia y de la cooperación e intercambios con los demás miembros de la comunidad internacional. También tiene que ver con la paz nuestra Corte Suprema, cuando se le asigna en el Texto Fundamental su incumbencia para dirimir los conflictos que eventualmente se puedan suscitar entre las provincias, o sea, entre las partes componentes de nuestra Federación. En fin: la PAZ es el anhelo de los pueblos y, como *vox populi vox Dei*, así lo recoge la fe religiosa como ingrediente irrenunciable de la fraternidad humana, del mismo modo que lo interpretó el gran pensador Emanuel Kant cuando bregó por “una paz perpetua”. ¿Idealismo o utopía?.

Esta noche, la notable combinación de su visión profunda, experiencia decantada y sabiduría plena, que asume la personalidad excepcional de Carlos Manuel Muñiz, nos iluminará sobre las perspectivas que ofrece el desconcertante panorama de un mundo sumido en tan confusa convulsión.

El Académico Decano, maestro de todos nosotros, Doctor Segundo V. Linares Quintana, tendrá a su cargo la honrosa y grata tarea de destacar los relieves más sobresalientes de la hoja de vida del nuevo Académico.

*Palabras de presentación a cargo del
académico de número Dr. Segundo V. Linares Quintana*

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas se enriquece en alta medida con la incorporación de su nuevo Miembro de Número, el Académico Embajador Doctor Carlos Manuel Muñíz.

Ser invitado a presentar y dar afectuosa bienvenida a un eminente intelectual y hombre público, en el trascendente acto de incorporarse a esta ilustre Corporación científica, comporta para el académico que habla, a la vez que una honrosa distinción que agradecemos profundamente, una honda y justificada emoción, imposible de disimular, por el prolongado y estrecho vínculo espiritual y amistoso que nos une al recipiendario, el nuevo miembro de número, Profesor Doctor Carlos Manuel Muñíz; circunstancias todas que me han permitido conocer y valorar su brillante personalidad intelectual y excepcional condición humana, así como su ejemplar dedicación al estudio y la enseñanza del Derecho y las Ciencias Sociales, y más específicamente en el difícil y complejo campo de la Política Científica y las Relaciones Internacionales; en el cual goza de bien ganado prestigio, evidenciando siempre una vasta y diversificada cultura, su innata y reconocida hidalguía, a la vez que un amplio y ponderado equilibrio intelectual, ajustada expresión de la excelsa y rara virtud de la prudencia que también se conoce como sabiduría. “La sabiduría reside en el corazón del hombre prudente”, sentencia el Libro de los Libros.

Abogado y Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, su tesis doctoral fue calificada por un Tribunal que tuve el honor de presidir, por

unanimidad, como sobresaliente y recomendada al Premio Facultad.

El Tribunal examinador fundamentó tan elevada como honrosa decisión en que “la tesis presentada constituye un aporte original y valioso a la investigación de un tema fundamental del Derecho Constitucional Internacional, materia en la que continúa y desarrolla la línea iniciada por el Profesor Boris Mirkine Guetzevitch, abordando aspectos jurídicos, históricos y políticos, tanto en el orden nacional como internacional. Utilizando métodos y técnicas adecuadas y sobre la base de una bibliografía completa y apropiada, no sólo ha tenido en cuenta la teoría, sino que ha aprovechado la experiencia obtenida en la función pública vinculada con la materia de estudio”. Y el Tribunal concluía diciendo que: “Considera justo expresar que, de acuerdo con la verdadera índole de una obra de tesis, el autor ha coronado la misma con una serie de claras y sistemáticas conclusiones, cuyo alto mérito considera el Tribunal de estricta justicia reconocer. A todo ello debe agregarse la sólida defensa que el antes realizó de su tesis en el examen oral”.

Durante muchos años, el Académico Dr. Muñiz, volcó su talento en esfuerzo intelectual, a la enseñanza de la Ciencia Jurídica, y más específicamente de la Ciencia Política y Constitucional, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, integrando una Cátedra de Derecho Constitucional de la que me honré en ser Profesor Titular primero, y Profesor Emérito después; aportando su valiosa colaboración, formando parte de un notable equipo de brillantes juristas y politicólogos, a la vez que leales y queridos amigos, con los Dres. Juan Ramón Aguirre Lanari, Alberto Rodríguez Galán, Jorge Aja Espil, Alberto Antonio Spota, Jorge Reinaldo Vanossi, entre otros destacados colegas, todos los cuales, tras sobresaliente desempeño, alcanzaron con plena justicia la titularidad de la Cátedra y la empinada jerarquía académica.

El Embajador Muñiz, además, obtuvo por concurso la titularidad de la Cátedra de Derecho Internacional Público en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, Casa de Estudios en la que así mismo fue

Director del Instituto de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales.

Como docente, el Embajador Dr. Muñiz se destacó, además de su dominio de la disciplina científica, y notable aptitud didáctica, por el cabal cumplimiento de la misión fundamental de todo auténtico Maestro, que, como enseñaba el Maestro y que fuera inolvidable Presidente de esta Academia, Dr. Osvaldo Loudet: “es despertar los valores espirituales que existen en latencia en sus discípulos; la obra más eminente y generosa no puede ser la simple transmisión de conocimientos, porque en muchos casos basta y sobra un libro; la tarea esencial es la formación de las personalidades, es decir, la fecundación de las inteligencias y la vigilancia activa de su desarrollo”.

El Embajador Dr. Muñiz fue Subsecretario del Interior y Justicia en 1955; como también Subsecretario del Interior en 1955-56; y Ministro de Relaciones Exteriores y Culto en 1962-63.

Así mismo, fue Embajador en los siguientes países: en Bolivia, en 1956-59; en Brasil, en 1959-62; en los Estados Unidos de América, 1971-73; Representante Permanente ante la Organización de las Naciones Unidas, en 1982-86; Embajador Concurrente, en Bahamas, en 1983-86; y en Barbados, en 1983-86. Presidió la Comisión Nacional de Homenaje a las Naciones Unidas en el 50 aniversario de su fundación.

Cabe agregar que el Embajador Dr. Muñiz ha participado con la mayor eficacia, en numerosos congresos y reuniones internacionales.

En difíciles tiempos de tensión en la política nacional e internacional, ejerció con espíritu de patriotismo y sacrificio, altas funciones diplomáticas con prudencia y sabiduría.

Sincero admirador del presidente Kennedy de los Estados Unidos, a quien conoció y trató personalmente, y con el

cual justamente en el pináculo de su brillante carrera del notable político mantuvo prolongada entrevista, que en muchos aspectos podría considerarse histórica, por la índole de las importantes cuestiones consideradas, y así como por sus hondas proyecciones en el futuro de las relaciones de la gran República del Norte con nuestro país.

Años después, el Embajador Dr. Muñiz se refirió al encuentro en los siguientes términos: “Kennedy me escuchaba, me preguntaba con atención extrema; creo que no perdía palabra mía y hacía preguntas muy concretas y directas. A veces me parecía que estaba preocupado y algo triste, abrumado, quizás por el peso de todo lo que debía resolver minuto tras minuto. Pero en esa larga hora de conversación que mantuvo conmigo, parecía enteramente volcado a los temas de nuestra entrevista. Su simpatía era natural, sin afectación, y el político, a pesar de lo que era en grado importante, no lograba quitarle su espontaneidad humana, no disimulada. Quizás su éxito mayor como político pudo haber estado en esa actitud para darse humanamente, con calor, lo que sin duda no puede reemplazar ninguna fórmula estudiada o impuesta. La invitación del Secretario Rusk expresaba el deseo de mantener conversaciones sobre temas de interés general y bilateral. Muchos eran los asuntos que motivaron nuestro análisis en las prolongadas y fructíferas jornadas de enero de 1963”.

Con la prudencia y la sabiduría que distinguen a los auténticos diplomáticos, que también deben ser estadistas, el Embajador Dr. Muñiz sostenía en momentos de aguda tensión internacional, que: “Convivir, es quizá necesario expresarlo en voz alta, no quiere decir consentir, aceptar, asentir. Convivir significa tan sólo vivir en compañía de otros. No importa permitir o condescender, creer o tener por cierto algo; no significa aprobar, dar por bueno o conveniente lo que ofrece la otra parte y en esto me atengo a la más estricta ortodoxia de la Academia Española, convivir es solamente, comprender y aceptar que debemos vivir con otros aunque no piensen, ni crean, ni sientan como nosotros. No importa renunciar a nuestras apetencias, es quizás la oportunidad mayor para afirmar nuestros

ideales, hacer más sólida nuestra fe, darle un sentido a nuestra vida, luchando, defendiendo con sinceridad aquello en lo que creemos”.

Pero, para ofrecer una idea completa e integral del pensamiento y la acción del Embajador Dr. Muñiz, no se puede omitir la referencia a la que quizás podría considerarse su obra maestra, y a la que ha dedicado sus mejores esfuerzos y gran parte de su rica vida: el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales el C.A.R.I., que fundara el 15 de junio de 1978, y que a través de los avatares del turbulento proceso institucional del país, ha logrado amplio y justificado prestigio, dentro y fuera de nuestro suelo patrio, y del cual ha sido Presidente desde su mismo inicio.

Objetivos básicos del C.A.R.I. son la promoción de estudios y la profundización científica de las relaciones internacionales, especialmente en la República Argentina, y los asuntos y problemas vinculados a ellas; la discusión y la divulgación de ideas concretas para la acción exterior argentina y para la mayor vinculación y comprensión entre los pueblos; así como la colaboración, para el mayor logro de estos propósitos, con organismos similares, extranjeros o internacionales; públicos o privados.

Tan importantes finalidades cumple el C.A.R.I. con plenitud, a través de la actividad ininterrumpida de comisiones de estudio e investigación, seminarios y conferencias, publicaciones y el intercambio y colaboración científica con entidades públicas y privadas y personalidades destacadas del país y del extranjero.

Al celebrarse el décimo aniversario de la fundación del C.A.R.I. en brillante acto público, dijo el Académico Dr. Muñiz: “Creímos entonces que era necesario aunar esfuerzos para darle a la Argentina una mayor presencia internacional y contribuir al fortalecimiento de las buenas relaciones con los demás países del mundo. Hoy, al hacer el balance de lo realizado, podemos

afirmar con satisfacción, que hemos avanzado en la concreción de esos propósitos y que los mismos merecen ser perseguidos, si cabe, con mayor vigor aún, porque responden a objetivos permanentes del país y no a necesidades circunstanciales. La labor de los comités, grupos de trabajo, seminarios, encuentros internacionales, simposios, cursos, etc., ha sido considerable y se ha realizado en cada una de las áreas, con la participación de especialistas destacados del país y del extranjero”.

El Embajador Dr. Muñiz satisface de esta manera, la preocupación del famoso científico Ramón y Cajal. “Toda obra grande - decía este- en Arte como en Ciencia, es el resultado de una gran pasión puesta al servicio de una gran idea... Toda obra grande es el fruto de la paciencia y la perseverancia, combinadas con una orientación tenazmente, durante meses y aún años, hacia un objeto particular”.

Uno de los más valiosos logros del nuevo Académico ha sido la fundación y la conducción como presidente, del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (C.A.R.I.), de celebrar los veinticinco años de existencia y que ha conquistado extraordinario y merecido prestigio dentro y fuera de nuestro país.

El C.A.R.I. reúne en su seno a los ex -Ministros de Relaciones Exteriores; a Embajadores en actividad y en retiro, ex -Ministros y Ministros en actividad en diferentes carteras; dirigentes empresarios, representantes de las Fuerzas Armadas, Académicos, diplomáticos y personalidades representativas de las diferentes actividades y sectores de opinión, en una amplia, armónica y ejemplar integración.

El C.A.R.I. ha recibido en su foro público a alrededor de cien Jefes de Estado y de Gobierno, los cuatro últimos Secretarios Generales de las Naciones Unidas, Directores de Organismos Internacionales, Jefes de las principales Religiones, varios cientos de Ministros, periodistas, escritores, directores de los distintos medios de comunicación social, intelectuales, etc.

El C.A.R.I. tiene veinticuatro Comités permanentes y dos Institutos, compuestos por especialistas en los diferentes rubros, los cuales realizan frecuentes reuniones privadas que ocupan prácticamente todos los días del año. Por otra parte, reúne más de trescientas publicaciones y publica un boletín; y tiene una página permanente de informaciones en Internet.

Como digna coronación de su extraordinaria trayectoria no es de extrañar que en 1998 le fuera otorgado merecidamente, el Gran Premio Konex de Brillantes, como el mejor diplomático de la década.

Además ha recibido numerosas condecoraciones y distinciones especiales de Chile, Bolivia, Brasil, Japón, Perú, Paraguay, Colombia, Nicaragua y otros países.

Le fueron adjudicados, también, el Premio Bial Trasandino en 1996; el Laurel de Plata en 1979 del Rotary Club de Buenos Aires; Medalla de Oro de la Asociación Gremial del Cuerpo Diplomático Argentino; Cruz Naval y Armada Argentina, en 1996; Premio de la Auditoría General del Ejército, en 2001; así como diversos diplomas y distinciones honorarias de gobiernos, universidades y entidades culturales extranjeras.

Por sobre todas las cosas, de todos los actos de la vida del Académico Dr. Muñiz, fluye, como idea fuerza, su inquebrantable amor a la Libertad, la Justicia y la Democracia, que ha inspirado e inspira a su ejemplar existencia.

El Académico Dr. Muñiz es también poeta, don divino que le ha llevado siempre a encontrar el camino del corazón, imposible de hallar por quienes nunca miran las estrellas. Bien decía el ilustre e inolvidable Alfredo L. Palacios, que los poetas “entran en el misterio de las cosas, nos revelan la belleza y predicán por los caminos del evangelio del desinterés para que no se amonedén los corazones”.

Esa fina sensibilidad lo llevó a amar y conocer profundamente el arte, del cual muchas y valiosas muestras, coleccionadas con cariño y paciencia a lo largo de su vida, adornan su hospitalario hogar.

Cuando varios siglos antes de Cristo, Platón enseñaba que “conocerse a sí mismo es la sabiduría”, no estaba sino reconociendo cuán fundamental y decisivo es descubrir cual deberá ser nuestra misión en la vida, su razón de ser y destino, vale decir, su vocación.

“La vocación - ha dicho Carlos Sánchez Viamonte - es algo así como el llamado del ideal. Una y otro se corresponden recíprocamente y existen también correlativamente. Pienso que es eso lo que quiso decir San Martín en su frase un tanto sibilina o enigmática: << serás lo que debes ser y si no, no serás nada >>. Y agrega el eminente constitucionalista: “A mi juicio, debe interpretarse como la afirmación terminante de que la vocación es siempre una manifestación de que es el camino del ideal y apartarse de ella es ir al seguro fracaso de la personalidad. La vocación es siempre una manifestación misteriosa que nos señala un camino, con mayor acierto que la reflexión. Ese camino es el único tolerable, porque es el camino del ideal, cuya dimensión y alcance corresponde a las posibilidades de cada uno en la realización de una tarea individual concurrente a la tarea o quehacer común”.

Claro está que a la vocación no solamente hay que descubrirla y no son pocos los que mueren sin llegar a conocerla, sino también cumplirla.

En uno de sus mejores libros, Ernesto Sábato ha escrito, con acierto, que “ en la vida existe un valor que permanece muchas veces invisible para los demás, pero que el hombre escucha en lo hondo de su alma: es la fidelidad o traición a lo que sentimos como un destino o una vocación a cumplir. Creo en lo esencial en la vida es la fidelidad a lo que uno cree su destino. La fidelidad a la vocación, ese misterioso llamado, es el

fiel de la balanza donde se juega la existencia si uno ha tenido el privilegio de vivir en libertad”.

Bien ha dicho Oliver Wendell Holmes, eminente filósofo del Derecho, Profesor en la Universidad de Harvard, y que fuera Juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos: “ningún hombre ha ganado derecho a la ambición intelectual hasta que haya aprendido a fijar su curso guiado por una estrella que jamás alcanzará”.

La vocación es el soplo divino que por sobre el libre albedrío signa la estrella que a cada ser humano señala el rumbo y el destino de su existencia, y de cuyo descubrimiento y fiel cumplimiento dependerá el éxito o el fracaso, la dicha o la infelicidad: la estrella con cuyo seguimiento y guía se arribará a glorioso puerto, conforme al clásico apotegma que eternizó el Dante.

Y la fecunda vida del Académico que hoy recibimos, es ejemplo acabado del descubrimiento y fidelidad a una acendrada vocación y el empeñoso esfuerzo para cumplirla.

Señor Académico Embajador Dr. Carlos Manuel Muñiz:

En nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas y en el propio, nos es grato darle la más cálida bienvenida a esta ilustre Corporación que, como las demás Academias, al decir de Joaquín V. González, constituye en el hogar “ para todos los espíritus que en la peregrinación de la vida sólo tienen el reposo de los valles solitarios de la Ciencia”.

“ Hemos meditado estas palabras – escribió alguna vez quien fuera nuestro admirado Maestro y destacado Presidente, el Dr. Osvaldo Loudet - y al llegar por abruptas y empinadas sendas a estos valles solitarios, hemos entendido que el reposo de que hablaba el Maestro, era el trabajo sin ruido, la meditación penetrante, la serenidad luminosa, de la cual era él símbolo

supremo. Sólo en estos valles callados y profundos se puede escuchar el suave aleteo del espíritu en su viaje incesante hacia la luz. Es desde el fondo de ellos, donde se puede mirar la inmensidad sin otra inquietud y sin otra esperanza que descubrir la encendida llama de una nueva verdad, en el astro que nace. En esta atmósfera serena y transparente – serena por la paz y transparente por la sabiduría – es donde los hombres mejor se comprenden, donde más se respetan y toleran, donde más se sienten hermanados, donde más y mejor estudian y trabajan”. Que así sea.

Buenas tardes y muchas Gracias.

LA BÚSQUEDA DE UN ORDEN INTERNACIONAL Los caminos hacia la paz

Por el Académico DR. CARLOS MANUEL MUÑÍZ

La prolongada y profunda amistad que me liga con el doctor Linares Quintana abarca momentos trascendentes de mi vida pública y académica. Está fundada en una identidad de ideales que se ha mantenido incolumne a través de los años, y en una intensa relación humana que me ha brindado y me brinda muestras constantes de su generosidad.

Su vida constituye para quienes fuimos sus colaboradores en la cátedra de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, un ejemplo de conducta cívica y moral, y un modelo de sabiduría y consagración al estudio volcados en la docencia y en una prodigiosa producción escrita que aún prolonga con el vigor de una mente lozana.

El sentido ético de la existencia, la responsabilidad como compromiso en cada uno de nuestros actos, la consagración de nuestros esfuerzos al servicio de ideales superiores, constituyen, con sus eruditas lecciones de derecho, sus enseñanzas perdurables.

No pueden, pues, querido doctor Linares Quintana, sorprenderme sus nobles palabras de introducción a esta prestigiosa Academia, que ya adivinaba antes de escucharlas, porque siempre he recibido de usted el estímulo y la fe para seguir creyendo en la existencia del bien.

Se une hoy con mi profundo y emocionado agradecimiento, que se acrecienta aún más por el gesto que usted ha tenido al venir esta tarde para presentarme, a pesar de

sus trastornos de salud, el honor de unir su nombre a esta nueva y comprometedora gestión académica.

Van también mis palabras de reconocimiento para los calificados miembros de esta institución que me han honrado con su confianza al incorporarme a su claustro.

Señores:

Por una circunstancia fortuita me toca ocupar el sitial que lleva el mismo nombre del prestigioso jurista y humanista José Nicolás Matienzo, en la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales.

El doctor Matienzo, además de su destacada actuación pública y su profunda versación jurídica en la cátedra y en el libro, tuvo un interés apasionado por las más variadas expresiones de la cultura.

Representó, con justicia, a una brillante generación que se destacó por su calidad intelectual y sus contribuciones al servicio del país.

Nada más comprensible, pues, que su nombre sea reconocido con carácter permanente en dos Academias Nacionales.

Me toca, también, continuando con el ritual de las incorporaciones académicas, recordar en este acto al doctor Luis Carlos Cabral, quien me precedió en el sitial que hoy ocupo. Miembro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, Rector de la Universidad de Buenos Aires, profesor de derecho penal, miembro de diversas instituciones y autor de numerosos escritos y conferencias sobre su especialidad, ocupó con autoridad esta misma silla.

Al terminar estas palabras introductorias, siento necesidad de recordar los nombres de tres prestigiosos maestros que me respaldaron y alentaron en momentos decisivos de mi vida. Rindo mi homenaje en esta ocasión a los doctores Carlos Saavedra Lamas, Eduardo Busso y Jorge Eduardo Coll.

Su amistad y sus consejos están ligados para siempre a mi recuerdo agradecido.

* * *

Antes de iniciar mi exposición de esta tarde quisiera atenuar algunas expectativas que pudiera suscitar el tema que debo tratar.

Los acontecimientos mundiales se suceden tan vertiginosamente y son tan cambiantes, que es prácticamente imposible reflejarlos con fidelidad.

Deseo dejar bien en claro que mi disertación será apenas como una fotografía en que se registran hechos y conclusiones parciales del complejo mundo actual. Pretende fijar lo acontecido en pocas imágenes. De ninguna manera seguir el ritmo de cada día y dar la última noticia.

La comparación más aproximada a mi intento es la que surge de la escuela italiana de arte futurista que trata de incorporar la sensación de movimiento en un cuadro o en una escultura.

Muchas de mis opiniones podrán parecer cándidas; otras, quizás, demasiado atrevidas. Me conformo con que sólo ayuden a mostrar con honestidad algunos aspectos de la realidad que hoy nos toca vivir.

Si tuviera que escribir de nuevo esta conferencia, su contenido no sería seguramente el mismo.

El orden jurídico internacional, que procuraba afianzar un mayor grado de desarrollo particularmente a partir de la terminación de la Guerra Fría, sufrió un impacto casi devastador con motivo de la forma en que se decidió la invasión a Irak como una de las consecuencias del ataque terrorista a los Estados Unidos en setiembre de 2001.

El golpe más intenso fue sufrido por la Organización de las Naciones Unidas, que vio, una vez más, desconocida su autoridad y recibió, por añadidura, una creciente ola de críticas que llegaron, incluso, a sugerir su disolución. Justo es decir que el organismo mundial comenzó a recibir los primeros embates casi al comienzo de su creación y, en poco tiempo, además, empezaron a promoverse cambios en su estructura y todo tipo de reformas a su Carta Orgánica y al funcionamiento de sus organismos especializados.

Si bien es cierto que muchas de esas propuestas aparecen sólidamente fundadas, y que hay deficiencias que corregir y principios que actualizar, es necesario poner énfasis en que la Organización de las Naciones Unidas es apenas un medio ideado por sus propios miembros para lograr la estabilización en las relaciones internacionales y alcanzar su fin propuesto de afianzar la paz. Esta es la verdadera esencia, el objetivo de su creación, que sólo podría llevarse a cabo por la voluntad y convicción de quienes la integran.

No hay, por supuesto, críticas más injustas que las provenientes de los Estados que han provocado, por su inoperancia, sus ambiciones o intereses, las causas que las motivan.

La Carta de las Naciones Unidas, a pesar de sostener conceptos que pueden resultar superados en la actualidad, permite, sin embargo, resolver con eficacia los nuevos requerimientos.

Su permanencia, por ejemplo, no ha sido obstáculo para que se adaptara el concepto de soberanía a las nuevas medidas motivadas por la necesidad de proteger los derechos humanos y se dispusiera la creación de cuerpos para el mantenimiento de la paz no previstos en su texto, que constituyen actualmente uno de los mecanismos de intervención más eficaces.

Por otra parte, su texto prevé, con acierto, las medidas que deben adoptarse cuando se afectan o están en peligro la paz y la seguridad internacional, alcanzando, como es sabido, a disponer el uso de la fuerza y a permitir la legítima defensa en circunstancias determinadas.

¿Qué ha determinado, entonces, que se soslayaran con inocultable perjuicio del orden establecido, las normas concebidas y aprobadas por los propios países miembros?

Las medidas adoptadas para responder al ataque terrorista de 2001 son solamente nuevas etapas en el desconocimiento del orden jurídico. Ya antes, el caso de Kosovo, para poner uno de los últimos ejemplos, importó un fuerte golpe para el organismo mundial.

Los principios de la política internacional del gobierno del presidente Bush se encuentran desarrollados en el informe

“La Estrategia de la Seguridad Nacional de los Estados Unidos”¹ del 20 de setiembre de 2002, donde se recogen los postulados del llamado grupo “neoconservador”, cuya influencia ha sido determinante en el pensamiento y decisión del presidente Bush. Estas ideas se complementan con el discurso pronunciado ante la Academia Militar de West Point, en junio de 2002².

En ellos introduce la doctrina de la guerra preventiva para detener el terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva cuando Estados Unidos considere amenazada su seguridad, aún antes de que se hubieran intentado actos agresivos o amenazas concretas. Declara la necesidad de mantener un poder militar suficientemente poderoso que disuada cualquier futura competencia dejando en claro que si al disponer el uso de la fuerza no lograra el apoyo de la comunidad internacional, no dudará en actuar por sí solo. Reconoce que su mejor defensa es una buena posición ofensiva. Procura fundar esa posición expresando que el gobierno trabajará para trasladar este momento de influencia en décadas de paz, prosperidad y libertad. La estrategia de seguridad de Estados Unidos se basará en un claro internacionalismo americano que refleje la unión de sus valores y sus intereses nacionales.

Resulta conveniente detenerse en el pensamiento y acción del grupo de intelectuales y juristas “neoconservadores” por la importancia decisiva que, según dije, han tenido en la conducción internacional de su país, en esta etapa que podemos calificar como revolucionaria en el orden mundial. En el pasado, se ha sostenido³, los nuevos órdenes internacionales surgieron como resultado de las grandes guerras, por el Tratado de

¹ Bush, George W. “The National Security Strategy of the United States”. Ver: The New York Times, “Full text: Bush’s National Security Strategy”, 20 de septiembre, 2002. Ver, asimismo, Max Boot, “Neocons”, Foreign Policy, enero-febrero 2004, p.21.

² “President Bush Delivers Graduation Speech at West Point”, Office of the Press Secretary, The White House, 1 de junio, 2002. <<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/06/20020601-3.html>>

³ Longin Pastusiak, President of the Senate of Poland. “After the Cold War. We Need to Build a New World Order”, International Herald Tribune, 3-4 de enero, 2004.

Westphalia después de la Guerra de los Treinta Años, por el Congreso de Viena después de las Guerras Napoleónicas, por el Tratado de Versalles después de la Primera Guerra Mundial, y por Yalta y Postdam después de la Segunda Guerra Mundial. Siguiendo con esta historia, un nuevo orden debería haberse establecido después de la Guerra Fría.

La noción tiene antecedentes. Entre los políticos contemporáneos que más frecuentemente se han referido a la necesidad de un nuevo orden mundial se encuentra el primer presidente George Bush. Según recuerda Longin Pastusiak, presidente del senado de Polonia, entre el verano (boreal) de 1990 y marzo de 1991, usó esa expresión 43 veces. Este nuevo orden alcanza su mayor expresión a través de la situación unipolar hegemónica de los Estados Unidos y la conducción de las guerras contra Afganistán y contra Irak después del atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001.

La posición actual del gobierno norteamericano no debiera sorprendernos. Asimismo, el pensamiento neoconservador tiene su historia y sus alternativas.

En un documento del Departamento de Defensa de 1992, propulsado por el entonces Secretario de Defensa y actual Vicepresidente Dick Cheney y redactado por Paul Wolfowitz y Lewis "Scooter" Libby, ya se adelantaba el concepto de los ataques preventivos y la necesidad de que Estados Unidos alcanzara un poder militar superior que ninguna otra potencia del mundo pudiera desafiar.

Es interesante señalar que el llamado grupo neoconservador comenzó a formarse en la década del '60, como una fracción desprendida del partido Demócrata curiosamente opuesta a su conducción, considerando que sus dirigentes actuaban como ideólogos, perdiendo de vista los resultados prácticos de su política. El término "neoconservadores" apareció en la década de 1970 como una expresión crítica aplicada por un grupo de liberales de tendencia izquierdista contra el grupo de liberales que no compartían su posición.

Las figuras de Wolfowitz, Steve Carbone, Scooter Libby, John Bolton, Richard Perle y Bill Kristol son, entre sus primeros miembros, los que van definiendo su doctrina. Asimismo, a partir de la década de 1980 muchos pasaron a incorporarse a las

filas del Partido Republicano en respuesta al apoyo que recibieron del presidente Reagan. Algunos sostienen que el mismo presidente Reagan, que fue en otros tiempos líder sindical de tendencia izquierdista, se convirtió en republicano a los cincuenta años y podría calificarse como un neoconservador en sus orígenes⁴.

Los neoconservadores ven el mundo en términos del bien y del mal. Consideran que Estados Unidos debería decidirse a usar su poder militar para derrocar a las fuerzas del mal. Reconocidamente, abogan por una transformación democrática en el Medio Oriente. Son también, se ha dicho, enérgicos en estilo, prefiriendo la claridad moral a la “*finesse*” diplomática. Son escépticos de las instituciones multilaterales porque limitan el poder y la efectividad de los Estados Unidos; prefieren orientarse hacia nuevas amenazas y oportunidades que hacia viejas alianzas.

Son halcones militarmente pero a su vez defensores de los derechos humanos y de amplios principios del orden mundial. Esto es menos una cuestión de altruismo que de un auto-interés iluminado, una convicción de que Estados Unidos estaría más seguro en un mundo que fuera más libre y democrático y en que la agresión fuera castigada.

Robert Kagan, uno de los más prestigiosos analistas neoconservadores, describe en su difundido libro “On Paradise and Power” (“Sobre el paraíso y el poder”), que quienes defienden las instituciones multilaterales y se amparan en el derecho son los países débiles. Los fuertes no necesitan recurrir a esos mecanismos, les basta con ejercer el poder. Diferencia así la posición de los Estados Unidos con la de los países europeos.⁵

Europa se ha alejado del poder, sostiene, o por ponerlo de un modo un poco diferente, se está desplazando más allá del poder dentro de un mundo autocontenido de leyes y reglas,

⁴ Joshua Muravchik, “The Neoconservatives Unmasked. Reading the Label”. International Herald Tribune, 6 de mayo, 2003. Ver, asimismo, The Economist: “United States: The Shadow Men: Foreign Policy”, Londres, 26 de abril, 2003.

⁵ Robert Kagan, “Of Paradise and Power. America and Europe in the New World Order”, Knopf, first edition, USA, 2003.

negociación internacional y cooperación. Está entrando en un paraíso post-histórico de paz y relativa prosperidad, la realización de la perpetua paz de Immanuel Kant. Mientras tanto, los Estados Unidos ejercen poder en un mundo anárquico Hobbesiano, donde las leyes y reglas son desconfiables y donde la verdadera seguridad y defensa y promoción del orden liberal todavía depende de la posesión y uso del poderío militar.

Refiriéndose a por qué los europeos recurren a las Naciones Unidas, dice: “Quienes no pueden actuar unilateralmente desean tener un mecanismo para controlar a aquellos que pueden”. Y aclara en otro importante pasaje definitorio de toda una política: “Los norteamericanos buscan defender y avanzar hacia un orden liberal internacional. Pero el único orden internacional estable y exitoso que los norteamericanos pueden imaginar es aquel en que Estados Unidos está en su centro.”

A raíz de las declaraciones del nuevo presidente del gobierno español con motivo de los atentados ocurridos en Madrid en marzo de 2004 y de la situación actual en Irak, Kagan cambió bruscamente de posición con respecto a la vinculación de Europa y Estados Unidos. Dijo entonces: “Si Estados Unidos no puede luchar contra Al Qaeda sin el apoyo de Europa, es verdad, igualmente, que Europa no puede luchar contra Al Qaeda sin Estados Unidos. Si los líderes europeos entienden esto, entonces ellos y Bush podrían reconocer la urgencia de hacer una causa común ahora, antes de que el edificio ya dañado de la comunidad trasatlántica colapse”⁶.

Agregando una opinión más de otro importante intelectual neoconservador, Charles Krauthammer⁷, en su valioso análisis “El momento unipolar revisado”, expresa que la “diferencia básica entre las dos escuelas principales de política exterior de Estados Unidos se centra en la cuestión acerca de

⁶ Robert Kagan, “Time to Save an Alliance”, Washington Post, 16 de marzo de 2004, página A21.

⁷ Charles Krauthammer, “The Unipolar Moment Revisited. (United States World Dominance)”. The National Interest, Invierno 2002.

cuál es, y cuál debería ser, la base fundamental de las relaciones internacionales: el papel o el poder. El internacionalismo liberal imagina un orden mundial que, al igual que la sociedad en el ámbito doméstico, sea gobernado por leyes y no por hombres. El realismo considera que esta visión es absolutamente utópica. La historia de los tratados en papel – desde el Pacto Briand-Kellog y Munich, a los acuerdos de Oslo de pos Guerra Fría y el Marco de Acuerdo con Corea del Norte – es una historia de ingenuidad y cinismo, una combinación tóxica y volátil que invariablemente termina mal. Los acuerdos comerciales con Canadá son una cosa. Los pedazos de papel sobre los cuales los enemigos existenciales ponen su firma, son otra cosa. Son peor que inservibles porque generan un falso sentido de seguridad y engendran complacencia. Para el realista, el determinante último de los elementos más básicos de la vida internacional – la seguridad, la estabilidad y la paz – es el poder.

Completando este panorama contundente, el mismo autor, en un artículo titulado “No vuelva a la ONU, Señor Presidente” publicado en marzo de 2003 - que menciono en mi prólogo a la versión española del libro “La reforma del sistema de las Naciones Unidas – Contribución de la ONUDI al logro de los objetivos del desarrollo” - sostiene: “Hubieron guerras y treguas y tratados antes de que las Naciones Unidas fueran creadas, y los habrá después de su desaparición. No necesita dejar la Organización, Señor Presidente, solamente ignorarla. Sin nosotros, ella irá desapareciendo.” Sin embargo, este autor, como sucedió con Robert Kagan al reclamar la recomposición de las vinculaciones entre Europa y Estados Unidos, cambió radicalmente de opinión apenas cinco meses después del artículo anterior, señalando la necesidad de requerir el apoyo del Consejo de Seguridad para autorizar a otros países a colaborar con las fuerzas de ocupación, a raíz de los problemas creados por la intervención en Irak⁸.

Mucho más importante aún es el cambio de posición adoptada por el presidente Bush en una conferencia de prensa celebrada conjuntamente con el primer ministro Blair el 16 de abril último, donde hizo un elogio del plan de normalización de

⁸ Charles Krauthammer, *idem*.

Irak propuesto por el representante especial de las Naciones Unidas, Lakhdar Brahimi. Además, ambos mandatarios destacaron que la Organización Mundial deberá tener un papel central en el proceso de transición iraquí.

¿Este cambio significa, en fin, una esperanza de regreso al multilateralismo y un ordenamiento de las relaciones internacionales?

Es de esperar que la ONU no quede atrapada en las secuencias de una rebelión que presenta signos de agravamiento y que, en vez de fortalecerse la institución y, con ella, el orden mundial, se la acuse de ineficacia por los graves episodios que todo hace suponer continuarán ocurriendo por un tiempo imprevisible.

La personalidad del presidente Bush merece un breve comentario. Profundamente persuadido que era necesario desplazar a Saddam Hussein, compartió las ideas del grupo neoconservador, a pesar de no pertenecer al mismo, de que debía establecerse un sistema democrático en Irak que sirviese de modelo para extenderlo a los otros países del Medio Oriente. Bush, que ha sido considerado, también, como un pragmático, tiene sin embargo convicciones religiosas que influyen fuertemente en sus determinaciones.

En un libro del conocido periodista Bob Woodward, “Bush at War” (“Bush en guerra”)⁹, se menciona como influyentes en las decisiones del presidente sus sentimientos religiosos. Aunque este tema ha sido tratado con frecuencia, creo de interés mencionar un trabajo de la especialista en religiones contemporáneas americanas, la profesora de la Universidad Michel de Montaigne, de Bordeaux, Bernadette Rigal-Cellard, titulado “Le président Bush et la rhétorique de l’axe du mal” (“El presidente Bush y la retórica del eje del mal”)¹⁰. Al referirse a la expresión el “eje del mal” que Bush usó a partir del

⁹ Bob Woodward, “Bush at War”, Simon and Schuster, New York, 2002.

¹⁰ Bernadette Rigal-Cellard. “Le président Bush et la rhétorique de l’axe du mal. Droite chrétienne, millénarisme et messianisme américain ». Etudes Paris. Septiembre 2003, N° 3993.

atentado del 11 de setiembre, dice que corresponde a un arquetipo de la retórica política y religiosa norteamericana la creencia en la división moral binaria del mundo. Y exactamente por esta misma razón ella ha chocado a la vieja Europa, que desde siempre ha considerado inconcebible que un Jefe de Estado pueda utilizar argumentos religiosos.

Explicando el sentido del fundamentalismo religioso en el seno del evangelismo conservador, señala que sus dogmas vienen del protestantismo tradicional, pero algunos son más radicales: rechazo de la menor interpretación simbólica de la Biblia; espera del retorno inminente de Jesús que no salvará nada más que a su propio pueblo; visión individualista de la moralidad, exigiendo que el cristiano se separe físicamente de la sociedad no regenerada. Tradicionalmente, los fundamentalistas no creen en reformas sociales, su sola creatividad altruista pasa por la evangelización.

Más allá de su pensamiento religioso, el presidente Bush expuso, en un elocuente discurso pronunciado el 6 de noviembre de 2003¹¹, al cumplirse el vigésimo aniversario de la asociación “Endowment for Democracy”, las ideas centrales de su pensamiento político sobre la democracia y la libertad. Es, sin duda, un compendio teórico de nobles principios.

El erudito comentarista republicano William Safire¹² no pudo eludir un entusiasta comentario titulado “El noble discurso que usted no oyó”. Después de alentar a los lectores para que lo leyeran en su totalidad y de señalar que en el mismo se articuló claramente la política por la cual Bush va a ser recordado, expresa: “Con gran sentido de la historia, el presidente George W. Bush defendió... una ‘estrategia de avanzada’ idealista de la política exterior norteamericana. Se atrevió a colocar su ‘Gran Idea’ – la que se ha convertido en el tema y propósito central de

¹¹ President Bush Discusses Freedom in Iraq and Middle East. Remarks by the President at the 20th Anniversary of the National Endowment for Democracy. United States Chamber of Commerce, Washington D.C., 6 de noviembre, 2003.

¹² William Safire, “Bush’s Noble Speech You Didn’t Hear”, International Herald Tribune, 11 de noviembre, 2003.

su presidencia – en la misma línea de aspiraciones expresadas por tres presidentes norteamericanos con mayor visión del futuro y más controvertidos del siglo pasado, Woodrow Wilson, Franklin Roosevelt y Ronald Reagan”.

Agrega: “Un artículo cuidadosamente construido, al igual que un poema o una pieza de música, posee una forma que ayuda a recordarlo”.

Me he referido a la posición idealista del presidente Bush, pero ello no evita reconocer las graves equivocaciones cometidas al decidir la guerra contra Irak, menospreciando la intervención de la Organización de las Naciones Unidas y las opiniones que objetaban la forma de proceder al lanzar un operativo armado de gran envergadura sin prestar atención a sus consecuencias.

Aunque las buenas intenciones por sí solas no bastan, y las decisiones en política internacional, más aún las adoptadas por la mayor potencia mundial, tienen una repercusión en todos los ámbitos del planeta, sirven, sin embargo, para destacar el papel que juegan las posiciones personales superando las circunstancias existentes y hasta determinándolas en ciertos casos.

Las condiciones de sabiduría, ecuanimidad y templanza, unidas a la sinceridad de sus convicciones, son exigencias cada vez mayores para juzgar la calidad de los gobernantes.

La necesidad de respetar el orden jurídico establecido permite advertir con patente evidencia el peligro a que se somete el mundo cuando su destino depende de una o algunas pocas decisiones individuales.

Debe comprenderse, por otra parte, cuán difícil resulta para quien detenta el poder y puede ejercerlo sin mayores resistencias, someter sus designios o necesidades a normas que los limiten.

Las consecuencias, muchas de ellas inesperadas, surgidas por la forma en que se encaró el conflicto, son entre otras: 1) el desconocimiento del orden establecido y, particularmente, de las atribuciones y responsabilidades de la Organización de las Naciones Unidas; 2) la quiebra de las relaciones trasatlánticas, acentuando diferencias y críticas con algunos países europeos

amigos tradicionales de los Estados Unidos; 3) la división producida entre los países miembros de la Unión Europea y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); 4) el aumento de la animosidad de los países islámicos, particularmente árabes, contra los Estados Unidos y los países occidentales; 5) el enfrentamiento religioso entre musulmanes y cristianos, acrecentado por nuevos ataques terroristas y desestabilización en países del Medio Oriente; 6) las dificultades para estabilizar a Irak y cumplir el plan de democratización y reconstrucción del país y los ataques continuados contra las tropas de ocupación y los iraquíes dispuestos a participar en organismos de seguridad interior y en las fuerzas armadas nacionales; 7) los ataques contra el personal de las Naciones Unidas con sede en Irak, la muerte del representante especial del Secretario General y la destrucción del edificio donde se encontraban las oficinas locales; 8) el aumento descomunal de los gastos financieros del gobierno de Estados Unidos con referencia a los previstos con anterioridad a la iniciación de la guerra.

En esta mención sumaria adquiere una importancia especial la radicalización religiosa del mundo islámico. Lo que se pensaba que se podía alcanzar, es decir, que el ataque contra el terrorismo no se considerara contra el islamismo, parecería haberse salido de cauces ante la creciente reacción del mundo islámico. Es evidente que la ola de ataques suicidas tiene una connotación mayor que no puede limitarse a una simple lucha política. ¿Cómo podrá superarse este problema que involucra no sólo razones de fe sino acumulación de frustraciones y dignidades heridas?

La lógica del fundamentalismo, como se ha sostenido¹³, no es la del costo/beneficio propio del mundo de la cantidad, su racionalidad no es la del Occidente capitalista. Su política no está dada por las armas que emplea ni por el número de sus tropas, sino por una convicción que puede reputarse de criminal, pero frente a la cual los escudos misilísticos y los aviones

¹³ Vicente Gonzalo Massot, "Adiós a la lógica de la Guerra Fría", La Nación, 18 de octubre de 2002.

invisibles, las bombas neutrónicas y los portaaviones nucleares, no tienen la capacidad suficiente para decidir la guerra en curso.

A su vez, tratando de indagar las causas profundas de la reacción islámica contra Occidente, los profesores Ian Buruma y Avishai Margalit, en un libro titulado “Occidentalismo”¹⁴, aparecido en el corriente mes, expresan, entre otros argumentos, que en el mundo islámico “ven el Occidente como inhumano, una máquina brutal eficiente pero sin alma, a la cual se debe oponer con la violencia”.

“Israel y los aliados de Estados Unidos en la guerra contra Irak, son el símbolo del mal, idólatras, arrogantes, inmorales, un cáncer que sólo la muerte puede extirpar.”

El resentimiento contra la civilización occidental, tiene ramificaciones, según Buruma y Margalit, en la teoría del nazifascismo, en el estalinismo, en la Conferencia de Kyoto de 1942 que propone la guerra para derrotar la modernidad.

Expresan, asimismo, que la masacre de Madrid, sea de matriz doméstica o internacional, obliga a reevaluar la estrategia militar de la guerra de posiciones en Kabul y Bagdad, a la guerra de movimiento entre continentes. El frente no pasa más entre el Oeste y el Este, sino entre la tolerancia y la intolerancia¹⁵.

La ilusión que alimentaron importantes sectores del gobierno de Estados Unidos de que las fuerzas de la coalición serían recibidas con ramos de flores y carteles de bienvenida por un pueblo agradecido al ser liberado de la dictadura que soportaba, ha sufrido un revés inimaginable aún para los más opuestos a la iniciación de esta guerra.

A poco más de un año desde que se iniciaron las actividades bélicas, se acrecientan los ataques sangrientos encabezados por grupos de militantes sunitas vinculados con el gobierno de

¹⁴ Ian Buruma y Avishai Margalit, “Occidentalism”, The Penguin Press, New York, 2004. Este libro se refiere a la opinión del mundo oriental con referencia al mundo occidental. Puede considerarse como una respuesta al libro de Said, “Orientalism”, que trata la opinión del mundo occidental con respecto al mundo de Oriente. (V. Edward W. Said, “Orientalism”, 25th Anniversary Edition with a New Preface by the Author, Vintage Books, Afterword copyright 1994).

¹⁵ Gianni Riotta, “Il nuovo nemico e la strategia per combatterlo”, Corriere della Sera, 13 de marzo de 2004.

Saddam Hussein y el partido Baath, a los que se suman los sectores islámicos shiitas, particularmente el grupo conducido por el joven líder Muqtada al-Sadr, no obstante haber estado sometidos duramente por el régimen anterior a toda clase de persecuciones y castigos.

Lo notable es que unos y otros, a pesar de las profundas divisiones religiosas que los separan, están unidos en un sólo clamor contra los actuales ocupantes, exigiendo su inmediato retiro de Irak y cometiendo agresiones cada vez mayores que alcanzan, también, a amplios sectores de la población civil.

Hoy la realidad coloca a los Estados Unidos y a sus aliados en un callejón aparentemente sin salida, donde no es posible aceptar, como un acto simple, el retiro de las tropas y, al mismo tiempo, dejar de cumplir, aunque sea en parte, el plan propuesto.

Están en juego no sólo la autoridad y credibilidad de la primera potencia mundial, sino, para ese país, sus intereses políticos, económicos y estratégicos.

Una derrota o retirada forzosa aumentaría aún más los riesgos ya grandes de la seguridad mundial; daría más fuerza y agresividad a los sectores extremistas, y sería un tremendo factor de desestabilización particularmente en los países del Medio Oriente y en el mundo islámico en general.

El primer ministro británico Tony Blair, en un artículo publicado el 22 de abril en el periódico "The Observer", titulado "Por qué no debemos abandonar esta lucha histórica en Irak" dice, al explicar sus razones: "Si fracasamos, lo que no sucederá, es más que el poder de Estados Unidos lo que sería derrotado".

Y agrega, refiriéndose a sus argumentos, "No es fácil persuadir a la gente de todo esto, decir que el terrorismo y los Estados inestables con armas de destrucción masiva son precisamente dos caras de la misma moneda, decir a la gente lo que ellos no quieren oír: que, en un mundo en el cual en Occidente gozamos de todos los placeres profundos y triviales de la existencia moderna, estamos en peligro grave".

Las críticas contra la política exterior del presidente Bush se han acrecentado aún más, no solamente por los problemas que aumentan diariamente, paralizando los planes previstos, sino, además, por el fracaso de las ideas que se invocaron para impulsarlos.

La necesidad de reconocer la intervención de las Naciones Unidas ha sido expuesta con insistencia en numerosos editoriales de los principales periódicos de los Estados Unidos, en revistas y artículos especializados, y en opiniones de importantes figuras políticas y académicas. Esto ha llevado al gobierno, incluso teniendo en cuenta las opiniones de algunos de sus miembros, a requerir, aunque parcialmente, la participación del organismo mundial.

La ex Secretaria de Estado Madeleine Albright¹⁶ que no es, precisamente, un exponente calificado del grupo de “las palomas”, escribió alarmada, ante el cúmulo de críticas y desconocimiento de las Naciones Unidas, un artículo titulado “Think Again: The U.N” (“Piense de nuevo: Las Naciones Unidas”) en octubre de 2003. Entre otras consideraciones, dando cuenta de los aportes dados por el organismo mundial, sostenía: “Aunque el Consejo no es ni nunca ha sido el árbitro preeminente de la guerra y de la paz que sus sostenedores desearon que fuera, sigue siendo la fuente más aceptada de legitimidad, y la legitimidad todavía tiene sentido, aún para los Imperios.” Más allá del Consejo mismo, agrega, la importante acción continuada de las Naciones Unidas es evidente en la obra de más de dos docenas de organizaciones que comprenden el sistema.

Con una orientación quizás más política, el Senador John Kerry¹⁷ pronunció una conferencia en el Council on Foreign Relations de New York el 3 de diciembre de 2003, en uno de cuyos conceptos expresó: “Intoxicado con la preeminencia del poder de Estados Unidos, el gobierno ha abandonado los principios fundamentales que guiaron nuestra política exterior por más de medio siglo – creencia en la seguridad colectiva y las alianzas, respeto por las instituciones internacionales y el derecho internacional, compromiso multilateral, y el uso de la fuerza no como opción primera sino como última opción”.

¹⁶ Madelaine K. Albright, “Think Again: The United Nations”, Foreign Policy, Special Preview. Septiembre-octubre 2003.

¹⁷ John Kerry, “Making America Secure Again: Setting the Right Course for Foreign Policy”. An Address to the Council on Foreign Relations, 3 de diciembre, 2003, New York.

En un artículo titulado: “The U.N and Irak’s Deadlock” el profesor Robert Keohane¹⁸ resume muchas de ellas cuando expresa: “En Irak Estados Unidos tiene poco capital social, definido como la habilidad para persuadir a otros a cooperar basada en la confianza en sus propios conocimientos y motivaciones. Por el contrario, las Naciones Unidas poseen un importante capital social que tanto los norteamericanos como los iraquíes necesitan. La transición hacia el autogobierno crea una oportunidad para la cooperación entre los Estados Unidos, los iraquíes y las Naciones Unidas que podría quebrar el estancamiento en Irak, demostrando, una vez más, que las Naciones Unidas son indispensables para la paz del mundo”.

Aún más, agrega Stanley Hoffman¹⁹: “Hay algo descompuesto cuando la culpa por los fracasos es descargada sobre las Naciones Unidas, no solamente porque los fracasos resultan mayormente de los fracasos, ambivalencias y confusiones de los estados miembros, sino también porque los esfuerzos serios dirigidos a las fuentes de las crisis necesitarán siempre intervenciones colectivas y esfuerzos coordinados”.

Surge una lección que permite esperar sea aprendida para que el mundo pueda alcanzar la implantación de un orden al que se sometan todas las partes. Quedan sin embargo las dudas porque, como se ha sostenido con ironía, la experiencia es una enfermedad que ofrece poco peligro de contagio.

Para tratar de que Estados Unidos considere protegidos sus intereses por las Naciones Unidas y tenga una participación activa dentro del organismo internacional, el Council on Foreign Relations de New York, conjuntamente con Freedom House, organizaron un grupo de trabajo dirigido por el congresista republicano David Dreier y el ex congresista demócrata Lee Hamilton, e integrado por otros veintidós académicos, miembros de los gobiernos de ambos partidos mayoritarios y líderes de

¹⁸ Robert Keohane, “The UN and Iraq’s Deadlock. The Transition to Self-Governance in Iraq Could Demonstrate that the UN is Indispensable for World Peace”. Duke University. Ver, asimismo, Robert Keohane, “One Question Interview: Does America have an Empire?”, Duke University, kellygilmer@duke.edu

¹⁹ Stanley Hoffmann, “In Defense of Mother Teresa. Response. Morality in Foreign Policy”, Foreign Affairs, Marzo/abril 1996, pg. 172.

organizaciones no gubernamentales, que redactó un informe publicado en un libro titulado “Enhancing U.S Leadership at the U.N” (“Elevando el liderazgo de Estados Unidos en las Naciones Unidas”)²⁰.

La idea central de la propuesta es la conveniencia de constituir una coalición o “caucus” de miembros democráticos del organismo mundial para defender mejor los valores e intereses de los Estados Unidos dentro de la institución, la promoción de los principios democráticos a través del mundo, avanzando en el respeto a los derechos humanos y adoptando las medidas necesarias contra el terrorismo.

Se considera que ese grupo puede reunir un número aproximado de sesenta representantes de Estados democráticos y que de este modo se afianzaría la participación y el interés de la principal potencia mundial y, al mismo tiempo, se evitaría que algunos organismos como la Comisión de Derechos Humanos, por ejemplo, pudiera tener entre sus miembros e incluso ser presidida por representantes de países totalitarios. Asimismo, consideran la necesidad de hacer reformas en la oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos para asegurar que no escapen a la investigación y castigo, como sucede con frecuencia, las más notorias violaciones a esos derechos.

Si bien este informe trata principalmente de que las Naciones Unidas puedan servir a los intereses de Estados Unidos provocando una participación activa de este país, al mismo tiempo se da un paso efectivo para la estabilización de un orden internacional.

Cualesquiera sean las disposiciones que se adopten, es necesario tener en claro que la estabilización que se logre dependerá en gran parte de la capacidad de convivencia del resto del mundo con el poder hegemónico y dominante de Estados Unidos.

²⁰ “Enhancing U.S Leadership at the United Nations. Report of an Independent Task Force Cosponsored by the Council on Foreign Relations and Freedom House”. David Dreier and Lee H. Hamilton, Co-Chairs. Lee Feinstein and Adrian Karatnycky, Project Co-Directors. Copyright 2002 by The Council on Foreign Relations, Inc.

No puedo dejar de mencionar, al referirme a los esfuerzos hechos por numerosos analistas, gobiernos e instituciones públicas y privadas, la acción continuada y valiente del Secretario General Kofi Annan, procurando reestablecer el respeto y la autoridad de las Naciones Unidas.

Con el propósito de lograr una mayor confianza en la organización mundial, decidió crear un panel integrado por 16 miembros de alta representatividad internacional, encargado de adoptar medidas que podrían justificar lo que se ha calificado como guerra preventiva y examinar, además, las amenazas, desafíos y cambios que enfrenta el mundo en el amplio campo de la paz y de la seguridad. Este importante grupo deberá hacer conocer sus recomendaciones para considerarlas en la Asamblea General de 2004.

Siguiendo la intensa acción sobre el mismo tema desplegada por anteriores Secretarios Generales, particularmente Boutros Boutros Ghali, con sus “Agenda para la Paz” y “Agenda para el desarrollo”, Kofi Annan decidió pronunciar un enérgico discurso en el Foro Económico de Davos de 2004, reclamando ante la comunidad internacional la necesidad de atender los graves problemas que afecta a la mayor parte de la humanidad, como el hambre, las enfermedades, el medio ambiente, que constituyen en cierto modo una forma de terrorismo, comparable por su magnitud, a los que se afrontan por el terrorismo armado.

Señores:

Tal como advertí al comienzo, sólo me he referido a lo largo de esta exposición a algunos aspectos de la compleja situación internacional contemporánea.

Una nueva etapa en el proceso mundial puede definirse inicialmente por las siguientes características:

- 1) La existencia de un poder hegemónico sin rivales, los Estados Unidos de América, que configura lo que Charles Krauthammer denominó “el momento unipolar” y que será por varios años el contexto con el cual el resto de los países del mundo deberá convivir.

- 2) La globalización e intensificación de la violencia a través del terrorismo internacional, basada no sólo en factores religiosos y políticos, sino en la defensa de valores culturales ancestrales contra la “modernidad” de Occidente.
- 3) El retorno, aunque limitado, a la Organización de las Naciones Unidas, y por ende la aceptación, también limitada, del multilateralismo, como consecuencia de los problemas emergentes motivados por la guerra de Irak. Estados Unidos deberá aceptar que ganar la guerra no es lo mismo que ganar la paz. Si para lo primero hay que tener poder, para lo segundo hay que tener legitimidad. La adopción de medidas como las sugeridas en el proyecto comentado anteriormente auspiciado por el Council on Foreign Relations y Freedom House, puede contribuir para que Estados Unidos sienta reconocidos sus intereses y encuentre motivos concretos para su intervención activa en el organismo internacional.
- 4) La revisión del concepto de soberanía como principio ordenador del sistema internacional. Ya sea desde la Comisión sobre “La responsabilidad para proteger” auspiciada por Kofi Annan, la visión de la Tercera Vía de Blair, o la doctrina Bush, los límites a la soberanía están siendo redefinidos, en particular frente a los problemas centrales: la violación de los derechos humanos, la existencia de Estados que protegen abiertamente el terrorismo y la posesión de armas de destrucción masiva por parte de los llamados “Estados villanos”. Según sostiene mi joven y estudioso colaborador Federico Merke, “si la prevención se convierte en estrategia, es nuestra responsabilidad que se lleve a cabo siempre a través del multilateralismo”.

Señores:

Aunque mis siguientes palabras pudieran parecer inspiradas en la fantasía de los sueños, tienen sin embargo el respaldo de una autoridad mayor que desvanece la que yo pudiera invocar como propia.

Casi es innecesario agregar que en ningún momento he pretendido proponer soluciones concretas que puedan ayudar a resolver el intrincado conflicto actual, ni he encontrado quienes las propongan. Salvo en el caso de los que creen que la solución puede lograrse respondiendo con más fuerza al uso de la fuerza.

El retorno a un orden que regule las relaciones internacionales es un proceso lento que lleva tiempo. Reconstruir es más difícil que construir. Depende en especial de un cambio de conciencia de los individuos y de los pueblos y, en grado prevaeciente, de los que gobiernan las grandes potencias.

Confiar en el vuelco interior del ser humano hacia el bien, en la búsqueda de la convivencia como una auténtica, profunda decisión, en el acatamiento de un orden creado por él mismo, ¿no será en definitiva la expresión de un idealismo ingenuo?

¿Habrá leyes, tratados, que el hombre acepte como necesarios o a los que se rinda convencido?

¿Podremos esperar un nuevo orden de armonía y de paz?
¿Podremos contener los rasgos negativos de la naturaleza humana?

Sin embargo, la verdadera revolución está en el fondo de nosotros mismos, en nuestra disponibilidad para comprender que el tiempo en que se mide nuestro paso por el mundo es limitado. Que la paz sólo es posible alcanzarla por un acto de entrega.

Todos los tratados, reglas, propuestas de reforma, organismos internacionales, declaraciones, cumbres políticas, carecen de valor si el hombre no está dispuesto a renunciar a sus ansias de omnipotencia.

Quizás en ningún documento se haya podido afirmar con mayor contundencia el valor de las responsabilidades individuales en la consolidación del orden internacional y la búsqueda de la paz, que en el Mensaje del Papa Juan Pablo II del 1º de enero de 2004²¹. Esta es la autoridad en que me

²¹ Mensaje de Su Santidad Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz. “Un compromiso siempre actual: Educar a la paz”. 1 de enero de 2003. (Vaticano, 8 de diciembre de 2003).

sostengo al ir concluyendo este análisis parcial de la realidad mundial.

Con este mensaje el actual Pontífice continua la tradición iniciada por Paulo VI de celebrar el primer día de cada año una Jornada Mundial de la Paz. A los once mensajes de su antecesor, a partir de 1968, Juan Pablo II agrega los otros veinticinco de su reinado, surgiendo así una verdadera síntesis de doctrina sobre la paz, “que es como un glosario fácil de entender para quien tiene el ánimo bien dispuesto pero, al mismo tiempo, extremadamente exigente para toda persona sensible al porvenir de la humanidad”.

La paz es posible, sostiene Juan Pablo II. Pero hasta alcanzarla, haciendo una síntesis de su pensamiento, hay que seguir una línea acumulativa de conceptos para que la convivencia pacífica, con sus precisas exigencias, entre en la conciencia de los individuos y de los pueblos.

Parte de la necesidad de respetar el derecho internacional que debe ser justo y dirigido hacia el bien. Pero, dice textualmente, “no se llegará al final del camino si la justicia no se integra con el amor.” Termina con un llamado conmovedor, frecuentemente desatendido: No hay paz sin perdón.

Estas menciones esquemáticas de uno de los mensajes más conmovedores y más directos para encauzar al mundo hacia la convivencia por medio de la tolerancia y de la caridad tienen el mérito no sólo de su contenido, sino de su fuente de inspiración.

Dentro de ese planteo de educar para la paz que es, en definitiva, el que promueve la Iglesia a través de la palabra del Santo Padre, un argentino eminente, el doctor Ramón J. Cárcano²², sostenía en 1932 que la forma de lograr efectivamente el cambio de mentalidad del ser humano era encarando la educación desde los primeros años de la vida, para que el espíritu agresivo del hombre pudiera transformarse.

“Es necesario cambiar el concepto y sistema de educación”, expresaba. “Hay que enseñar a amar la paz y odiar

²² Ramón J. Cárcano, “Mis primeros ochenta años”, Volumen 1, Ediciones Pampa y Cielo, Buenos Aires, 1965.

la guerra. La paz debe ser una convicción y un hábito del hombre para que tenga fuerza, contagio y vida.”

“El instinto belicoso del niño debe convertirse, por la educación, en la convicción pacifista del hombre.”

“La paz duradera nacerá en la escuela”, afirmaba. “La paz del vencedor, del armisticio, del tratado, de la transacción, no es la paz del mundo. La paz de las ideas y sentimientos, de las convicciones y del amor, se incuba en la escuela, que también es hogar y es la única paz consistente de los hombres.”

“La guerra es romana”, culminaba, “cuando impera la conquista y el esclavo. La paz es cristiana, cuando se predica la bondad, la tolerancia y la libertad.”

Podemos decir, finalmente, que la humanidad muestra al lado de sus aspectos negativos y dolorosos una fuerza solidaria maravillosa que está actuando generando el bien en cada instante de cada día en los lugares más remotos y ocultos del planeta. Hay un rumbo cierto, creer, tener la decisión de creer para superar, según sostenía Romain Rolland, el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad.

La fe ayuda al hombre a trasponer el muro que el raciocinio, con sus límites, no puede franquear.

Es difícil decirlo en esta ocasión, en un acto académico severo por su naturaleza aunque amistoso por lo acogedor.

Las cosas más simples son las menos fáciles de expresar. Esta es la diferencia entre alentar un ideal y alimentar una ilusión.